

## Santiago de Cuba: Carnaval y guerras de independencia (Siglo XIX)

Rafael Brea López

Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (RSTA).

### Resumen:

El artículo analiza el origen y la evolución del carnaval en Santiago de Cuba. El Carnaval de Oriente como un conjunto de festejos y de expresiones artísticas múltiples integradas: música, bailes públicos, desfiles callejeros de máscaras a pie, paseos, comparsas, y cierta magia voluptuosa que invade los espacios urbanos de Santiago. Analiza como los Carnavales en Cuba constituyen una clamorosa expresión de lo nacional en su forma más elementalmente popular, específicamente el carnaval santiaguero.

**Palabras claves:** El carnaval de Santiago de Cuba, paseos, comparsas, espacios urbanos e identidad cultural.

**Abstract:** The article analyzes the origin and evolution of carnival in Santiago de Cuba. The Carnaval de Oriente as a set of integrated multiple celebrations and artistic expression: music, public dances, street parades of masks on foot, horseback, parades, and some voluptuous magic that pervades urban areas of Santiago. Analyzed as Carnival in Cuba constitute a blatant expression of nationalism in its most popular form elementally, specifically Santiago carnival.

**Keywords:** Carnival of Santiago de Cuba, rides, parades, urban spaces and cultural identity.

### La fiesta carnavalesca

El carnaval de Santiago de Cuba está influido por el conjunto de festividades que se celebraban en los siglos coloniales, que eran excesivas en opinión del ensayista José Antonio Saco,<sup>1</sup> y en ese sentido es una suerte de receptáculo que compendia y sintetiza la cultura festiva de ese pueblo. El Carnaval de Oriente es en verdad un conjunto de festejos y de expresiones artísticas múltiples integradas: platos típicos, bebidas, refrescos, dulces, música, bailes públicos, desfiles callejeros de máscaras a pie, paseos, comparsas, y cierta magia voluptuosa que invade los espacios urbanos de Santiago. El festejo multicolor rememora el carácter transgresor, desobediente y orgiástico de las añejas celebraciones que se realizaban en la antigua Atenas en honor a Dionisios, dios del vino, y a Baco, versión romana de esa entidad divina en las ciudades del Mare Nostrum del Imperio.

En ese sentido Don Juan Bosch escribió: *“La vieja fiesta báquica es en Cuba una clamorosa expresión de lo nacional en su forma más elementalmente popular. No se trata del conocido carnaval cristiano ni de las estilizadas celebraciones del antiguo rito mediterráneo que se dan en Niza, pongamos por caso. Como en la religión y en la música y en el baile, los esclavos*

---

<sup>1</sup> José Antonio Saco, *Memorias sobre la vagancia en la Isla de Cuba*, (1830), Instituto Cubano del Libro, Santiago de Cuba, 1974. El ensayo de Saco es el estudio más enjundioso y serio que se hizo sobre los problemas sociales de la colonia cubana y en especial sobre la mala vida en el siglo XIX. Saco lo consideramos uno de los primeros pensadores cubanos en ocuparse de la historia y de la sociología.

*(africanos) acabaron irrumpiendo a través de las costumbres españolas y católicas y transformaron el carnaval en Cuba”.*<sup>2</sup>

La fiesta carnavalesca es la expresión más popular y masiva de la cultura tradicional del santiaguero y, como producto social, ha reflejado en sus expresiones más auténticas los hitos de la historia de la nación cubana. Ha fungido como caja de resonancia cultural en la cual han vibrado y se han reinterpretados, como en un mural multicolor andariego, los hechos y avatares históricos del pueblo. Su importancia como síntesis cultural y espacio de diversión pública urbana es extraordinaria y en gran medida le confiere a Santiago personalidad, identidad y carácter antropológico propio.

El carnaval está consustanciado con la historia regional y nacional. Los tiempos de bonanza, las crisis políticas, las revoluciones y las depresiones económicas han tenido su correlato en el festejo. Así en los tiempos coloniales sufrió, de manera cíclica, años de franca agonía, de muerte transitoria; sin embargo, conservó potencialidades de vitalidad en lo más recóndito del alma de los barrios populares de la ciudad, y precisamente esa fuerza oculta enraizada en la tradición, le permitió, en más de una ocasión, levantarse de la postración y resucitar con nuevos bríos para seguir siendo un enunciado jubiloso de la vida misma del cubano.

### **Antigüedad de la fiesta**

Las *Crónicas de Santiago de Cuba* del industrial, escritor y patriota cubano Emilio Bacardí Moreau, condensa jugosa información sobre historia, cultura y vida cotidiana de la sociedad santiaguera y de los pueblos de Bayamo, Jiguaní, Guantánamo, Baracoa, Las Tunas, Holguín, entre otros de la región de Oriente. Resaltan noticias sobre las fiestas católicas, civiles y en especial las de los mamarrachos. En esas crónicas se atestigua: “*Los mamarrachos fueron introducidos por los conquistadores pues los bandos que se mandaban a pregonar en 1600 por los Gobernadores con anuencia del Obispo prohibían, en algunos de sus artículos, el atacar o burlarse de la religión y sus ministros, de las autoridades, de las corporaciones, imponiéndose de 50 a 60 pesos y 25 azotes, a los que no tenían con que pagarlas*”.<sup>3</sup>

El registro cronológico de estas fiestas en las *Crónicas*, así como en las noticias de los momentos en que fue prohibida, revela un continuo enfrentamiento entre las autoridades españolas, civiles, militares y religiosas por un lado con las expresiones espontáneas de la cultura festiva de los criollos del otro lado. La fiesta carnavalesca es un espacio de continua batalla entre la cultura del salón y la cultura de la calle, es decir, entre la cultura elitista y la popular. Se refleja nítidamente la contradicción de la aristocracia hispánica con los hijos de la tierra: blancos, mestizos, negros, es decir criollos, pero en ese conglomerado no homogéneo también se encontraban los africanos de nación, los más discriminados y marginados de aquella sociedad esclavista. Es presumible que los veinticinco azotes prometidos a los burlones que hacían mofa de las autoridades, eran individuos de los grupos marginados, libertos y esclavos, carentes de

---

<sup>2</sup> Juan Bosch, *Cuba, la isla fascinante*, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1999, pp. 207-208.

<sup>3</sup> Emilio Bacardí Moreau, *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía Hermanos Arroyo, Cuba, tomo 2, 1925, p.25.

recursos monetarios, resentidos con el sistema, pero dispuestos a criticar a los representantes del régimen.

En los primeros siglos coloniales, del XVI al XVIII, la festividad era en lo esencial de carácter rural y por esa razón las corridas de mamarrachos a caballo eran prácticas significativas, costumbre heredada de las tradiciones caballerescas del medioevo español. La ciudad de Santiago era entonces una especie de villa donde lo urbano y lo rural convivían de forma natural y la población era pequeña. La historiadora cubana Olga Portuondo Zúñiga suscribe que:

El padrón de 1761-1766, ordenado por la capitanía general, informa el número total de familias, almas y sirvientes para la jurisdicción de Cuba.

Familias= 2, 541

Almas= 13, 408

Sirvientes= 3,243

La media de habitantes por núcleo familiar era de 5,95 y el mayor número de esclavos particulares le correspondía a esta jurisdicción, sobre todo su cabecera con buena parte de esclavos domésticos, sin desdeñar el hecho de que muchas de las fábricas de azúcar se hallaban en las inmediaciones del núcleo urbano.<sup>4</sup>

Así en el lejano año de 1795, el monarca español establecía la medida “de no permitir se corran mamarrachos en las vísperas de San Juan, San Pedro y Santa Ana”.<sup>5</sup> El monarca se está refiriendo a las carreras de caballos que solían organizarse dentro de aquella villa con fisonomía de aldea, entidad urbanística transida por el espíritu de la ruralidad. Las carreras de caballos, con cierta frecuencia, provocaban accidentes fatales que sembraban el dolor en las familias residenciadas en aquella villa.

### **Fiesta y economía**

Los mamarrachos o fiestas de máscaras reflejaban el mundo bucólico del Santiago de los primeros siglos coloniales. Era una fiesta pública cuyo soporte económico se encontraba en el hatu y el corral, por cuanto las actividades productivas fundamentales eran la ganadería y la agricultura de subsistencia. Hasta principios del siglo XIX el Departamento Oriental y Santiago su capital, no han entrado en las relaciones mercantiles internacionales del capitalismo. La esclavitud era entonces, siglos XVII y XVIII, de tipo patriarcal, semejante a la practicada en la colonia española de Santo Domingo en igual época, y todavía no había alcanzado protagonismo económico.

La revisión de la documentación escrita sobre los primeros tiempos coloniales y hasta bien avanzado el siglo XVIII permite apreciar la relativa poca densidad demográfica de la villa, que favorecía el fácil conocimiento de los vecinos entre sí. Según Olga Portuondo: (...) “en las postrimerías del siglo XVIII, Santiago de Cuba seguía siendo la prolongación y eje de la vida

4 Olga Portuondo, *Santiago de Cuba, desde su fundación hasta la Guerra de los Diez Años*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1996, p.79.

5 Emilio Bacardí Moreau, Ob. cit., tomo 1, p. 295.

rural de su jurisdicción. La sociedad santiaguera conservaba costumbres y apariencias de siglos atrás”.<sup>6</sup> En esos años finales del siglo XVIII los santiagueros llevaban una vida apacible, lenta y placentera, pues se almorzaba a las ocho de la mañana, se comía entre las doce y la una de la tarde. Así las familias se reunían a cenar a las nueve de la noche. En esos tiempos se dormía la siesta y la vía pública en las tardes también adormecía hasta las tres o más, como aún ocurre en muchos pueblos de la península y de la América hispánica. En horas de la tarde, después de las tres, las señoras, criollas y españolas, se engalanaban y sentadas en mecedoras, se balanceaban suavemente en los pórticos techados para aguardar la llegada de comadres, parientes y vecinos. En aquellos días apacibles se brindaba en casa espumoso chocolate, acompañado de panecillos, mermeladas y cascos de guayaba o naranja. La cena de esos tiempos era preparada por las esclavas domésticas, expertas en adobar el tasajo fresco y cocer “arroz blanquito”<sup>7</sup> La historiadora Olga Portuondo nos informa sobre la vida social de las últimas décadas del siglo XVIII en Santiago de Cuba: *“Junto a las fiestas del Corpus Christi, de raíz popular, en las que se danzaba y se hacían comedias, se celebraban los llamados caneycitos luego de la tasmia (sic) de tabaco en San Luis del Caney. Éstos adquirieron gran popularidad, al igual que la conmemoración del 8 de septiembre, en el pueblo de Santiago del Prado, natalicio de la virgen de la Caridad, a la que asistían los vecinos de la capital departamental”*.<sup>8</sup>

El ciclo festivo de los mamarrachos se iniciaba el día de San Juan, 24 de junio, con baños colectivos inspirados presumimos en las historias bíblicas de San Juan Bautista y quizás en tradiciones indígenas parecidas y coincidentes. Los santiagueros marchaban a pie, a caballo o en carretas, al cercano río San Juan y a otros riachuelos existentes entonces en las cercanías de la villa. Todavía entre los orientales de Cuba existe la tradición del baño en el río o en el mar para conseguir limpieza espiritual y alejar las malas corrientes.

La aproximación crítica a las crónicas y testimonios sobre los festejos nos muestra que la celebración todavía estaba en un proceso embrionario con respecto a su personalidad cultural; es decir todavía no había cuajado como entidad festiva integradora, sino más bien era aún una suma de agregados étnicos en vías de consubstanciación, pero aún no suficientemente fusionadas. El negro no desempeñaba un papel protagónico y la música cubana todavía no había cristalizada. La fiesta era una criatura en embrión y sus perfiles antropológicos y psicológicos no permitían reconocer con nitidez la presencia de lo cubano.

A finales del siglo XVIII se produce la revolución antiesclavista de Saint Domingue y en consecuencia se destruye la economía cafetalera de esa colonia francesa. Cientos de plantadores, técnicos, empleados, franceses blancos y mulatos criollos huyen de Haití. Muchos se refugian en Cuba, y una buena parte se asientan en el sur de la región oriental de la Isla. La llegada de estos migrantes por la bahía de Santiago fue descrita por testigos oculares. Los refugiados fueron llegando en distintas oleadas y condiciones también contrastantes. La situación de alojamiento y abastecimiento en los primeros momentos era precaria pues Santiago era una ciudad pequeña y de economía modesta como se ha señalado y el impacto de la migración se hizo notorio pues se calcula que:

---

6 Olga Portuondo, Ob. Cit., p. 99.

7 Ibídem., p.100.

8 Ibídem., p. 98.

“A unos veinte mil ascendieron los que ingresaron y permanecieron entre 1791 y 1803. Había aumentado los precios de los productos de primera necesidad, escaseaba el agua y faltaban los alojamientos. El gobernador Kindelán se hallaba bajo la presión de una buena parte de los notables de la ciudad, quienes habían escrito al capitán general Someruelos aterrados por la entrada masiva de gente de color. El abanderado de la oposición era el ahora arzobispo Osés -al designarse en 1803 para ocupar la mitra oriental con esta dignidad-, aspiraba a la conservación de la jurisdicción dentro de los viejos moldes de la pequeña economía de consumo, junto a otros vecinos.

Atacado con fuerza, el gobernador oriental prohibió la venta y arriendo de tierras a extranjeros blancos y negros para aplacar sus críticas. Algunas decenas de hombres de color, libres y esclavos, se reembarcaron hacia otros destinos.

No obstante, tanto Kindelán como Someruelos, acordaron prohijar el fomento agrícola plantacionista –en particular el de café- al aprobar la venta de tierras a los individuos solventes y confiables de la emigración blanca de origen francés recién llegada; comenzaron a amparar las naturalizaciones al esfumarse el peligro quintacolumnista a favor de Napoleón, lo mismo que las esperanzas de retorno a Saint Domingue”.<sup>9</sup>

Los inmigrantes sorprendieron a los naturales porque trajeron formas innovadoras de organizar la producción agrícola a través de sociedades de franca orientación capitalista, aunque con fuerza de trabajo esclava. Esas iniciativas, puestas en práctica en Saint Domingue con antelación, eran desconocidas por los santiagueros. Los grandes hatos que circulaban a Santiago de Cuba muy pronto fueron medidos, divididos en fincas y haciendas y finalmente vendidos o arrendados a los caficultores franceses, cuyo ejemplo sería seguido por empresarios criollos y catalanes.

En los primeros lustros del siglo XIX, los inmigrantes desarrollaron la economía de plantación basada en el trabajo esclavo con fines de exportación, pues el café gozaba de gran demanda en el mercado mundial de la época. La colonia de Cuba poco a poco irá ocupando el lugar abandonado por Haití. Las montañas agrestes de la Gran Piedra y de la Sierra Maestra, que rodean como una muralla natural a Santiago, fueron roturadas a punta de pico y sembradas de cafetos de sombra, aparecieron en aquel paisaje cerril y olvidado por los colonos hispanos y criollos: Un número apreciable de pequeñas, medianas y grandes haciendas cafetaleras fueron fundadas en aquellas serranías, con sus ostentosas construcciones de piedras, cuyas ruinas son testigos mudos de aquella época de esplendor y bonanza económica que vivió en Santiago en la primera mitad del siglo XIX.

Todo el Departamento Oriental, y en particular Santiago, modificaron sus paisajes rurales con los cafetales promovidos por los inmigrantes. El comercio de esclavos se incrementó y la explotación intensiva se hizo palpable en las plantaciones. La economía exportadora impactó la sociedad santiaguera que se hizo más urbana, más capitalista pues proliferaron los negocios y adquirió nuevos bríos culturales. La vida social adquirió cierto refinamiento y hablar francés se hizo frecuente en aquella villa cubana. La música de piano fue escuchada en las casonas de los cafetales y también en los hogares de la ciudad. Las fiestas públicas reflejaron esos cambios económicos, sociales y culturales y en especial los mamarrachos arribaron a su mayoría de edad

---

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 111-112.

y adquirieron una mayor dimensión. Para esa época el carnaval logró representar lo criollo y más aún, anunciaba el advenimiento de lo cubano.

Las autoridades españolas en su afán de impresionar a la población local y como parte de la propaganda autoritaria eran proclives al protocolo excesivo y a las presentaciones rimbombantes muy frecuente en los discursos políticos de los gobiernos de tendencia absolutista. Esa predilección por el boato del discurso retórico y el regodeo curricular es todavía parte de la oratoria política y del protocolo ampuloso de algunos países hispanos parlantes. El periódico local *El Redactor*, el 23 de julio de 1846, publica una ampliación del bando de ese mismo año y lo encabeza así: “*D. Gregorio Piquero de Arguelles, Mariscal de campo de Reales Ejércitos, Caballero de Gran Cruz y militar orden de San Hermenegildo, de la primera y tercera de San Fernando, condecorado con varias cruces por acciones de guerra, dos veces declarado benemérito de la Patria, Gentil Hombre de Cámara de S. M. en ejercicio, Socio honorario de la de San Carlos y amigo del país de Valencia, Comandante General del Departamento Oriental, Gobernador militar y político de esta Provincia, Presidente de la Junta de Fortificación y Vice Patrono Regio &.&*”.<sup>10</sup>

Esta presentación del entonces gobernador de la provincia con tantos honores y condecoraciones debió ser leída por los cubanos de entonces con una sonrisa irónica en el rostro, por la predisposición a restarle pomposidad protocolar al poder arrogante y asimismo acercarlos a la condición humana, proclividad psicológica que se hace más evidente en los días de celebración pública. Esas prosas grandilocuentes fueron frecuentes en las presentaciones de las comparsas y en especial en aquellas del teatro de relaciones, con sus coplas infiltradas de humor y sátiras políticas, que siempre han sido celebradas por el público cubano. Burlarse del poder es catarsis para los cubanos de toda la Isla desde los lejanos tiempos de la colonia.

En el mismo bando, 23 de julio de 1846, las autoridades civiles, con el beneplácito y expresa solicitud de la jerarquía de la Catedral de la ciudad, exponen su interés en preservar la limpieza litúrgica y ceremonial del homenaje que se le profesará al Santo Apóstol, patrono de toda la hispanidad y se establece por tanto que:

“El día 25 del corriente es el del Apóstol Santiago Patrono general de las Españas y especial de esta ciudad Iltre. Ayuntamiento le tributa los cultos correspondientes sacando su imagen en procesión por las calles de costumbre: estando prevenido por el artículo 8avo. Del Bando de Gobernación y Policía que se limpien y adornen con colgaduras las de su carrera y haya iluminación general en las noches de la víspera y día del Santo, exhorto (sic) a este católico vecindario al cumplimiento de tan piadosa disposición, y a la moderación, decencia y compostura con que debe asistirse a tales actos como es de esperarse de su notoria ilustración. Los subalternos de Policía cuidarán de que esto tenga su cumplimiento; prohibiendo la concurrencia de las máscaras durante la función, por no ser correspondientes a la circunspección y recogimiento (sic) propios de dichos actos religiosos. Cuba 22 de julio de 1846”.<sup>11</sup>

10 Nancy Pérez Rodríguez (compiladora), *El carnaval santiaguero*, tomo 1, Editorial Oriente, Cuba, 1988, p. 45

11 *Ibidem.*, p.46.

El texto confirma el contrapunto que se protagoniza entre los procedimientos propios de la procesión cristiana y aquellos elementos carnavalescos calificados de profanos que de manera recurrente se lanzan al abordaje del espacio que se estima como sacro y que finalmente conquistarán. Los componentes sagrados del séquito procesional católico bajo la presión de los grupos de comparsas burlescas, abandonan el ambiente y se refugian en los templos afines del siglo XIX, sin dejar de hacer algunos intentos fallidos de recuperación del evento. La cultura callejera finalmente se adueña del Santiago Apóstol, lo desacraliza y el pueblo lo asume como símbolo de identidad festiva. Parafraseando a Don Fernando Ortiz, aquellos episodios de enfrentamientos continuos entre lo religioso y lo profano, entre el templo y la calle, podría considerarse una pelea cubana de la Iglesia Católica contra los demonios del carnaval, cuyo desenlace último favoreció al Carnaval.

En la década del sesenta del siglo XIX las celebraciones de los mamarrachos habían alcanzado su adultez y como evento social se exteriorizaba en él un conjunto de expresiones étnicas representativas de la sociedad estamental de la colonia. El proceso de carnavalesización avanzaba de manera progresiva. Los aspectos profanos de la fiesta de Santiago Apóstol ocuparon, poco a poco, el espacio callejero en detrimento de las motivaciones religiosas que en sus primicias tuvo. El patrono cristiano era más un pretexto para el goce y el derroche de alegría que un símbolo de reverencia ritual de aquel pueblo de fuerte vocación por la música, el baile y las francachelas. En esos años el ambiente revolucionario e independentista se estaba gestando, pero eso no significaba el cese de la tradición cumbanchera propia de aquellos criollos de todas las tonalidades raciales y fortunas. El festejo bullía con frenesí y vivía momentos de plenitud y goce. El pintor inglés Walter Goodman, que residió en Santiago entre 1864 y 1869, fue testigo de excepción de esa fiesta que pintó con palabras y legó un elocuente testimonio: *“Lo principal que tiene el carnaval de Santiago son las comparsas callejeras, o conjuntos de enmascarados o “mamarrachos”, como se les llama en lenguaje criollo, y los bailes de máscaras. Tenemos aquí una comparsa de africanos, o de pura raza, que aunque parezca increíble, se tiñen de resplandeciente carmesí las pasas de la cabeza y se iluminan el rostro con una capa de pintura de color carne, de tono suave. Los hombres visten de mujer, aunque la otra mitad de la especie no corresponde a la cortesía”*.

No, en el carnaval de Santiago no es prudente ser excesivamente contemplativo y quedarse en casa”.<sup>12</sup> Las comparsas tienen un carácter etno-racial, son de negros, de mulatos y de blancos, aunque pasado los tiempos de esclavitud fueron más abiertas a la integración racial y a la mezcla. El pintor inglés Goodman fue testigo ocular y excepcional de la masiva participación popular, así como de la importancia adquirida por los músicos negros y mulatos que incorporaron sus ritmos africanos a las expresiones de la música cubana, pues sin esos compases y pautas no hubiera logrado el sello insigne que la singulariza en los espacios sonoros del Mundo. Al respecto afirmó: *“La danza criolla es la música patriótica de Cuba, y en cada carnaval nace un nuevo*

---

12 Walter Goodman, *Un artista en Cuba*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1985, p. 123. Goodman se relacionó e hizo amistad con los cubanos de distintos estratos sociales, por lo que logró obtener una visión bastante precisa sobre la situación de la sociedad colonial de esos años. Algunos historiadores sostienen que este artista, en verdad, era un agente de la inteligencia del Reino Británico cuya misión era recabar la mayor cantidad de datos posible sobre la colonia de Cuba con vista a una eventual suplantación de España, en beneficio del capitalismo inglés. La cercanía con Jamaica, colonia inglesa, es un factor a tener en cuenta, pues esta podía servir como punta de lanza en una eventual invasión del Oriente de Cuba. Recordemos las confrontaciones diplomáticas que se manifiestan entre las potencias europeas y la decadente España, a lo que se suman los intereses geopolíticos, todavía en ciernes, de los Estados Unidos de Norteamérica.

*repertorio de danzas [...], negros y mulatos, son las grandes adquisiciones que han hecho las orquestas de teatro, la catedral y los bailes públicos”.*<sup>13</sup>

El teatro callejero de estirpe carnavalesca, conocido como de “relaciones” ya había logrado predilección en el aprecio del público como parte de las ofertas culturales que brindaba el espectáculo popular de fuerte espontaneidad. Ese tipo de teatro callejero relataba historias jocosas y críticas acérrimas al sistema colonial, y en él participaban actores criollos de las distintas razas sin establecer distinciones en el reparto de los personajes. Para Walter Goodman no pasó inadvertido que aquella original fiesta, con sus encantos, magia popular e ingenuidad aparente, transpiraba patriotismo y espiritualidad nacionalista, que presagiaba el distanciamiento de España y una eventual ruptura.

Santo Domingo y Cuba desde los tiempos pre coloniales han mantenido una relación estrecha. Los procesos históricos y culturales entre ambos pueblos están hilvanados y se han influidos recíprocamente. La proclamación de la anexión de Santo Domingo a España, se produce en la mañana del 18 de marzo de 1861, y esas noticias se conocieron días después en Cuba, pues muchos soldados españoles salieron de la isla y también de Puerto Rico. Entre 1863 y 1865 se desarrolló la Guerra de Restauración que asumió ribetes sangrientos. Samuel Hazard señala que varios oficiales españoles se excedieron en sus acciones de violencia criminal no sólo contra los guerrilleros dominicanos, sino contra la población civil. Recogió testimonios de familias diezmadas por las huestes coloniales. Asimismo, Samuel Hazard, nos revela el impacto que en la opinión pública cubana tuvo aquella guerra independentista: *“Recuerdo bien que, hallándome en Cuba por aquel entonces, la sangre se helaba en las venas con los informes de la cercana isla de Santo Domingo, y los habitantes de la hermosa isla de Cuba temían entonces que en poco tiempo estas escenas de crueldad y opresión españolas fueran a tener lugar en sus costas, tiránicamente dominadas por los españoles”.* Samuel Hazard, *Santo domingo, su pasado y presente*, New York, Harper & Brother, Publishers, 1873, p. 266.” Este escritor y artista norteamericano formó parte de la comisión gubernamental de los Estados Unidos, para evaluar la conveniencia o no de anexar a Santo Domingo a la Unión americana. Es autor también del libro *Cuba, a pluma y lápiz*, obra bien escrita y de lectura atractiva.

Aunque hubo siempre control y censura con los periódicos en la colonia de Cuba, las noticias de la derrota humillante del Ejército hispano en Santo Domingo se propalaron y fueron de dominio público pues no pudieron silenciarlas. La prensa divulgó en sus crónicas de guerra a los oficiales españoles que habían suscitado el odio, la rebeldía del pueblo dominicano y la consecuente derrota del ejército imperial. Asimismo esas tropas desmoralizadas, andrajosas, enfermas, desembarcaron en el puerto de Santiago de Cuba, evento que no pudo ser ocultado. España había sido humillada y los cubanos estaban al tanto de aquellos acontecimientos, tema de conversación entre familiares y amigos. No es de dudar que el espíritu separatista se acrecentara aún más entre los criollos de todas las clases sociales y razas al corroborar las debilidades del despótico Imperio Español. Al respecto Don Emilio Bacardí anota: *“Las tropas españolas que llegan a Santiago tras el abandono de Santo Domingo, despiertan con su derrota el desprecio al vencido, y al mismo tiempo renacen resoluciones levantiscas que parecían acalladas”*<sup>14</sup>

---

13 Ob. Cit., p. 118.

14 Emilio Bacardí Moreau, Florencio Villanova y Pío Rosado, 1854-1880, Imprenta El Siglo XX, La Habana, p. 37.



La rivalidad política tenía fuertes aristas económicas y sociales, que se agudizaron en la década del sesenta del siglo XIX. Se conspiraba en la Isla y en Nueva York, donde se había fundado la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, bajo el liderazgo de Juan Manuel Macías, que se había conectado con los conspiradores animados por el hacendado Carlos Manuel de Céspedes en Manzanillo. Con antelación se habían descubierto movimientos libertarios como el de Puerto Príncipe, donde estaban integrados libres y esclavos, y la conspiración de los esclavos de las Minas del Cobre cercanas a Santiago. Las máximas autoridades coloniales anunciaron la prohibición de reuniones y la circulación de todo tipo de literatura sospechosa de propagar ideas levantiscas y revolucionarias entre la población urbana y rural, pues habían rumores sobre el malestar político que reinaba en los habitantes, acaudalados y pobres también, de la región oriental de la colonia. Sobre el ambiente conspirativo en busca de la libertad y la defensa de los derechos humanos nos brinda información documentada el historiador cubano José Luciano Franco cuando escribe:

“En 1866, en el poblado del Cobre, un negro libre, Agustín Dá unido a otros, Marcelino Velázquez, Fernando Guillot y Manuel Betancourt, de Palma Soriano, Santiago de Cuba y de su propio pueblo, respectivamente, inició los trabajos conspirativos para la rebelión armada con el objetivo de abolir la esclavitud y el régimen colonial que la mantenía. Pero, cuando en junio de 1867 se ultimaban los detalles del movimiento insurreccional, el mayoral del ingenio Vega Grande, puso en manos del capitán del partido de Palma Soriano un anónimo en el que se denunciaba la existencia de una conspiración con vistas a la rebeldía que debía producirse aprovechando las festividades de San Juan y San Pedro. Agustín Dá, Marcelino Velázquez y Manuel Betancourt, avisados a tiempo, pudieron huir para morir más tarde batiéndose con sus perseguidores. Fernando Guillot fue detenido y logró fugarse para ser asesinado por el cabo de ronda que lo reconoció. En la causa formada por la Comisión Militar aparecen 26 condenados, entre ellos una mujer, María Rita Armand, del Cobre”.<sup>15</sup>

Hubo otros conatos conspirativos en la región oriental que revelaban el ambiente sedicioso que ganaba espacio. Incluso en Bayamo hubo una intentona conocida como la Asonada del Día de Santa Ana, 26 de julio día de fiesta, citada por José Luciano Franco. Los reformistas criollos habían confiado en convencer a la Monarquía española de la necesidad de implementar cambios en el sistema político, social y económico de la colonia cubana para el bien de todos, sin embargo la Junta de Información, a su regreso de España trajo las malas noticias de la negativa rotunda de las autoridades de Madrid, para favorecer la mejoría administrativa y financiera de Cuba. Entonces muchos reformistas se inclinaron por el camino de la lucha independentista pues se habían cerrado los caminos pacíficos y no existía otro recurso que el de la violencia armada.

### **El carnaval de la guerra grande (1868-1878).**

Los mamarrachos, conocidos por Goodman ya contenían los componentes característicos del festejo, los cuales, con pérdidas y nuevas aportaciones, se han conservados hasta los días actuales, aunque el tiempo transcurrido se ha encargado de modelar y transformar algunas esencias internas y formales en la manera de concebir y de hacer. Ritmos, cantos, bailes, chanzas, máscaras, disfraces, bebidas y platos típicos han sufrido una transformación, acorde con las circunstancias históricas, las adaptaciones y recreaciones que se generan en el contexto de los procesos permanentes y continuos de las construcciones culturales locales, siempre en contacto

---

15 José Luciano Franco, *Ensayos históricos*, Editorial de ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 40

eventuales con los influjos externos. Ese intercambió, acelerado en el último siglo de la historia de la humanidad, siempre produce resonancias generacionales en las tradiciones, que las más de las veces pasan sin ser observadas o comprendidas por el pueblo. Toda manifestación cultural tradicional vista en una perspectiva histórica nos descubre la muerte de algunos de sus signos que en algún momento tuvo protagonismo y al mismo tiempo nos muestra el alumbramiento de nuevas manifestaciones artísticas. Cuando una expresión artística deja de tener vigencia para el pueblo, éste la abandona, la olvida, la aborrece o la sustituye por otra que cumpla una función significativa y atrayente para la gente.

El 10 de octubre de 1868 se inicia la Guerra de los Diez Años y los “mamarrachos” cubanos entran en la contienda a favor de la independencia. Los carnavales que antecedieron el estallido de la Revolución habían manifestado un fuerte matiz político y aún más, subversivo, y eso no era secreto para las autoridades coloniales, que contaban con un servicio de confidentes, que se mezclaban con las masas para escuchar y chivatear. Las autoridades políticas y administrativas de la jurisdicción de Cuba y el Departamento Oriental observaban con recelo todo evento popular que implicara convocatoria de la población. Fácil es celebrar un evento dentro de un recinto cerrado como la Iglesia y otra muy distinta es permitir una celebración callejera o en la Plaza de Armas, por esa razón en 1869 se dicta una “orden de gobierno” y en consecuencia “quedan suspendidas las máscaras”, hasta que se acuerde lo contrario.<sup>16</sup>

La guerra se prolonga durante una larga década. El desgaste económico y humano es enorme lo que trae aparejado la suspensión de los mamarrachos lo que provoca que el festejo de Santiago Apóstol entre en un estado de agonía. Aunque hubo años en que se autorizaron, para aparentar seguridad, no alcanzaron el brillo y realce de los años anteriores a 1868. Por otra parte, el festejo sirvió, cuando se autorizó, de cobertura ambiental a los revolucionarios cubanos, que podían desplazarse y llevar mensajes sin llamar la atención de la policía del régimen colonial. En el barrio de Los Hoyos, parte baja de la ciudad, habitado por negros y mulatos en su mayoría, era la zona donde vivieron, crecieron y caminaban Guillermon Moncada, Victoriano Garzón y Quintín Banderas, y allí precisamente se han conservado por tradición oral historias fusionadas con la leyenda donde se narra que los parranderos aprovechaban la fiesta para fugarse al monte y reclutarse en las tropas del Ejército Libertador Cubano que circundaba la ciudad. A propósito de esas artimañas y camuflajes coreaban una copla carnalesca en la famosa conga del Cocoyé, del barrio que dice:

Choncholí (17) se va pa´... el monte  
Cógelo que se te va”.

El carnaval ya era, entonces, un contexto recurrente para la lucha política y subversiva del cubano, como demuestran los estudios de los escritores santiagueros Francisco Martínez, José María Ravelo y Manuel Palacios Estrada. Cuando se le niega el derecho a la libre expresión los pueblos aprovechan las rendijas que la vida social les permite. Los espacios íntimos suelen convertirse en tertulias secretas para divulgar noticias y para criticar al gobierno opresivo. Las celebraciones públicas fueron los espacios privilegiados para promover opiniones, críticas

---

16 Emilio Bacardí, Op. cit., tomo IV, p. 133.

17 El choncholí es un pájaro negro, bullicioso e inquieto muy abundante en los campos de Cuba. De manera despectiva los blancos y mulatos apodaban a los negros con el nombre de ese pájaro poco atractivo. Para mayor precisión el choncholí o totí puede consultar: [www.bedincuba.com/cuba/cuba\\_fauna\\_pajaro\\_toti.htm](http://www.bedincuba.com/cuba/cuba_fauna_pajaro_toti.htm) -

acerbas y medios para ridiculizar a los poderosos y por eso: *“Las comparsas fueron prohibidas por los Capitanes Generales españoles por el temor de que los patriotas las utilizaran para conspirar contra su predominio o para perturbar el orden. Los tiranos eluden toda posibilidad de que las masas se formen en las calles cuando comienzan a aburrirse de la esclavitud: la fiesta puede transformarse entonces en asonada, en motín o en revolución”*.<sup>18</sup>

El pacto del Zanjón en 1878, puso fin a la Guerra Grande, aunque Maceo con la Protesta de Baraguá intentó continuar la Revolución. En 1879 se produjo la Guerra Chiquita sin éxito militar, pero mostró la inconformidad de una buena parte del mambisado con la paz sin independencia. Sobrevino entonces el período de la Tregua Fecunda, un período de paz relativa, pues hubo numerosas tensiones y sobresaltos que se extienden hasta el año 1895 y, en esos tiempos los mamarrachos comenzaron a salir del letargo. Las fiestas públicas como espejo social reflejaron en su desarrollo la situación deprimida de la colonia porque las heridas de la guerra aún estaban abiertas. Las celebraciones públicas tuvieron momentos de verdadera apoteosis, aunque vigiladas, censuradas y amordazadas por el gobierno colonial. Muchos de los acuerdos del Zanjón fueron incumplidos, otros relegados y olvidados por las autoridades de Madrid. La política colonial en el caso de Cuba adoleció de una miopía extrema pues subestimó la voluntad y potencialidades de rebeldía del pueblo cubano. La nueva Revolución se organizaba fuera y dentro de la Isla bajo el liderazgo de una nueva generación de cubanos, los “pinos nuevos” que se unieron a los “pinos viejos” en el Partido Revolucionario Cubano fundado por José Martí en el exilio.

### **Carnaval y guerra de independencia (1895-1898)**

El 24 de febrero de 1895 comenzó la Guerra de Independencia de Cuba y, precisamente, La Habana estaba de carnaval en ese mes, coincidencia y antagonismo, que muchas veces encontramos en los anales históricos de los pueblos. Las danzas alusivas a las guerras, reviven el pasado y de muchas maneras anuncian las guerras que vendrán.

La guerra se inició en Oriente con el Grito de Baire y el pueblo santiaguero reflejó en su espiritualidad y en sus comportamientos la situación revolucionaria que vivía Cuba. La ciudad de Santiago no se expansionó en el juego carnavalesco, el ambiente luctuoso no atraía al jolgorio, pues los vecinos de entonces estaban atentos a las noticias sobre conspiraciones y alzamientos de que acontecían. En el mes de junio era la época de precalentamiento del festejo, sin embargo Emilio Bacardí, testigo ocular escribió: *“Carnaval triste: Nuestro carnaval que empieza el 24, día de San Juan, transcurre triste, sin que la población demuestre el más mínimo deseo de entregarse al placer. Se ven desiertos los cafés, calles y lugares públicos. No se celebran bailes ni se ve ninguna manifestación de bullicio. El retraimiento es absoluto”*.<sup>19</sup>

La administración colonial hizo todo lo posible por aparentar que todo estaba en orden y ofrecer a la población una imagen de normalidad. La intención era quitarle importancia al Grito de Baire y continuar la vida social y económica sin contratiempo. Esa actitud arrogante y de simulación tenía la intención de fortalecer y preservar el espíritu y moral de los españoles residenciados en la ciudad y de las tropas acantonadas en la región oriental de la Isla. Era necesario que todo

---

18 Beruff M. Antonio, 1936, *Las comparsas del carnaval habanero, cuestión resuelta*, La Habana, Molina y Cía.

19 Ob. cit., Tomo, VIII, p. 145.

siguiera su cotidiano curso y que no se alterara el calendario católico, y las celebraciones respectivas. El culto a la Inmaculada Concepción ocupaba un lugar distinguido por la devoción que el pueblo rendía a ese símbolo y a propósito de su celebración, en diciembre de 1896, se consigna esta noticia: *“En esta ciudad desde hace varios días se vienen haciendo grandes preparativos para celebrar la festividad de la Purísima Concepción, patrona de España, de Cuba, de la Infantería Española y de Manzanillo. Hay gran entusiasmo entre los elementos españoles para festejar a su patrona que habrá de darles el triunfo según ellos”*.

Es evidente que el evento religioso fue asumido con sentido político para la comunidad española radicada en Santiago. El arzobispo de la ciudad, incluso cursa una invitación a la corporación Municipal extensible a todos los empleados para que asistan a la ceremonia pública en honor a la “Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María”, con el propósito de solicitar al todopoderoso la consecución de la paz en Cuba y en el archipiélago filipino, pero precisando el carácter colonialista de esa plegaria al expresar su deseo de que triunfen las armas peninsulares. Estas rogativas del clero español no podían ser bien vistas, ni aprobadas por la población nativa, pues en esos aciagos días muchos cubanos conspiraban por la causas de la soberanía nacional o se habían incorporado al Ejército Mambí, que ya para esa fecha se batía en los campos de Oriente.

Lo interesante del caso es que los cubanos rendían fuerte devoción a la interpretación criolla de los símbolos cristianos. En este caso, la Virgen de la Caridad del Cobre, la cual era ya venerada por la gran mayoría del pueblo cubano y en especial por los oficiales y tropas del Ejército Mambí.

Las celebraciones religiosas en tiempos de paz eran una motivación para las más disímiles expresiones de júbilo de los cubanos; pero en las circunstancias de la guerra, el interés por la parte lúdica se vio disminuido y hasta la asistencia de los criollos al templo mermó de manera notable en rechazo a las manipulaciones del clero hispanófilo.

El son es el género musical insigne de la cultura cubana, y ha provocado múltiples controversias que conducen muchas veces a terrenos inútiles. Se sabe por tradición oral que en las últimas décadas del siglo XIX, el son típico o montuno se disfrutaba en las cordilleras y valles de la Sierra Maestra. Así en los días que antecedieron el Grito de Baire, los soldados del Ejército Mambí, gozaban con una copla patriótica que invitaba a batallar por la libertad en la manigua de la patria irredenta. Esa letrilla se cantaba, tocaba y bailaba y decía:

Yo memba, yo memba,  
Yo memba con lo mambises[25]

En 1898, último año de la guerra, celebraron, el nueve de junio la fiesta del Corpus Christi en la Basílica y como parte de la ceremonia ejecutaron una procesión, cuyo recorrido bastante limitado lo protagonizaron en las calles coloniales de San Pedro, Heredia y Santo Tomás, en el perímetro de la catedral. Tampoco se usó, como en otros tiempos la carroza triunfal que era todo un símbolo de poder.

La población santiaguera se mantuvo al margen de la ceremonia y solamente asistieron los representantes más sobresalientes del régimen: oficiales del Ejército, de la Armada, funcionarios civiles y religiosos, y los vecinos españoles. Tampoco se hicieron salvas de artillería y las tropas no cubrieron el recorrido de la procesión como en otros tiempos. Una compañía de “voluntarios”, acompañada de la Banda del Regimiento de Cuba, con su música, ofrecieron su escolta al cortejo procesional. La atmósfera que se respiraba en aquellas circunstancias reflejaba la incertidumbre

y el descalabro que sufrían las tropas españolas en toda la geografía de la isla de Cuba y en opinión de Don Emilio Bacardí los partícipes de la procesión “no pueden ocultar cierto aire de preocupación”.

Las fiestas del santoral católico y en especial la del Corpus Christi, habían tenido una significación social muy interesante, porque en ella se consustanciaban elementos religiosos de las más pura liturgia oficial con elementos paganos y populares que de amuchas maneras se reinterpretaban en los jolgorios más identificados como libertinos. Durante una buena parte del siglo XIX, la procesión del Corpus asumía como parte de ella una comparsa de titiriteros, trajeados carnavalescamente conocidos como “tocotines”, algunos de los cuales iban armados de vejigas infladas con las que golpeaban, a los curiosos, niños y adultos, hombres y mujeres, que se les acercaban, de manera semejante a como lo hacen los diablos cojuelos dominicanos de la Vega Real y los diablitos vejigantes de Loíza Aldea que se convidan en honor a Santiago Apóstol en la isla de Puerto Rico.

La muchedumbre bulliciosa y pintoresca, en el caso de Santiago de Cuba, se movía con los artistas al son de una música grotesca según las crónicas y al centro de la multitud iba una monstruosa tarasca, figura en forma de sierpe o de dragón, que representaba al maligno espíritu prisionero vencido por el poder extraordinario del Altísimo. Sin embargo en 1898 el Corpus fue muy diferente y vaticinaba, con su pesadumbre, la muerte del mundo colonial en Cuba. La guerra civil había diezclado a la población y arrasado la economía agrícola, el país sufría las consecuencias. Los muertos eran por miles de ambos lados. Llegó el mes de junio de 1898 y el santiaguero no mostró ningún interés por sus mamarrachos, pues reinaba en el espíritu colectivo la más honda tristeza porque “el vecindario sufre hambre, epidemias y otras calamidades”. Las noticias del desembarco de 1700 soldados gringos el 22 de junio de 1898 en la playa de Daiquirí, cerca de Santiago fue conocida por la población civil. Las tropas estadounidenses recibieron apoyo del Ejército Independentista cubano y del Lugar Teniente General Calixto García, una vez que el Generalísimo Máximo Gómez cursó la orden de colaborar con los invasores y así acelerar la victoria final. El avance de la tropa norteamericana y de los mambises fue lento por la fuerte resistencia de los españoles, sin embargo los enclaves estratégicos de los hispanos fueron cayendo en manos del ejército de ocupación: Las Guásimas el 24 de junio. En la tarde del 1 de julio, asaltaron y ocuparon las Lomas de San Juan, que protegía la entrada a la ciudad. Por último la flota del almirante español Pascual Cervera en un acto suicida y cumpliendo órdenes de sus superiores, salió de la bahía de Santiago y sufrió una humillante derrota por parte de las naves de guerra estadounidense el 3 de julio de ese año. Con el hundimiento de la flota de Cervera terminó la batalla de Santiago. La guerra llegó a su fin y los estadounidenses escamotearon el triunfo a las tropas cubanas.

Terminada la guerra se instauró en Cuba un gobierno provisional estadounidense. El fin de la contienda y la llegada de la paz creaban un ambiente de esperanza para el futuro de la patria. Los patriotas cubanos recelaban de las verdaderas intenciones de los ocupantes del Norte y no estaban claras del todo las implicaciones históricas de la intervención militar.

En 1899 la vida social de Santiago de Cuba se recuperaba lentamente de la postración de la contienda. En ese año final de siglo, se celebraron festejos populares para olvidar los aciagos tiempos de la guerra y los mamarrachos, con entusiasmo, resucitaron de las cenizas. El patriotismo de los cubanos estaba exaltado y todo lo que recordaba el pasado colonial era rechazado y aborrecido. Se celebraban con fervor las fechas patrióticas y hasta se vociferaban a pulmón ancho ofensas a los hispanos. En esos días la palabra clave era despañolizar, es decir se

proponía afianzar en todas las dimensiones de la vida pública y religiosa los símbolos de la patria cubana. Cubanizar la vida de Cuba era la pretensión, incluida todas las instituciones y por ello la Iglesia también era objeto de atención especial por parte de los capellanes cubanos y líderes del mambisado.

Durante los años de la guerra con cierta regularidad los quintos, - soldados bisoños llegados de España- desembarcaran en la bahía de Santiago de Cuba. El desembarco de esos soldados era aprovechado como evento político por parte de la comunidad hispánica y sus acólitos criollos. Se organizaba un protocolar recibimiento y en él se daban cita la juventud española, los funcionarios del ayuntamiento, de la diputación provincial, los voluntarios, los vecinos españoles y sus allegados. Aquello era todo un espectáculo para impresionar a los cubanos y al mismo tiempo fortalecer la moral de los recién llegados a “la siempre fiel isla de Cuba”. Como parte de aquella escenografía oficialista las tropas y sus anfitriones, todos muy relucientes y elegantes, salían del puerto de la ciudad y ascendían por la empinada calle de la Marina –actual calle Aguilera- hasta arribar a la Plaza de Armas, centro de la ciudad de entonces. Una vez allí los soldados recibían obsequios en abundancia y muestras de afecto de sus paisanos, que celebraban en grande su llegada. Las autoridades civiles, militares y religiosas en aquella ocasión memorable pronunciaban discursos exaltados de patriotismo y no faltaban las notas musicales de la Marcha de Cádiz.

Aquel espectáculo político quedó grabado en la memoria de los santiagueros que miraban con desdén, desde la otra orilla, contraria y crítica, pero entonces debieron asumir una postura de pasividad y recogimiento. Una vez restaurada la paz la ciudad inició su fase de recuperación económica, higiénica y también festiva. Es así que en 1899, ya desde el mes de junio se iniciaron los preparativos para celebrar en grande los mamarrachos tradicionales de la ciudad y un grupo de entusiastas organizaron una comparsa gigante para montar una comedia que rememorara los momentos estelares de la llegada del soldado español a Cuba. Este montaje burlesco y carnavalesco se ajustaba a las tradiciones del denominado teatro de relaciones, el cual se sustentó en la cultura local, en el anecdotario y en la cotidianidad, a partir de las prácticas teatrales españolas. Esta representación callejera devino en una ironía del carnaval que volvía a la vida, a la alegría, en un ambiente libertario. El evento multitudinario fue una catarsis del alma popular en expansión, pues la magia y los misterios del Rey Momo se apoderaban nuevamente de Santiago de Cuba, para así despedir el sarcófago de la colonia que se marchaba acompañado del último año del siglo XIX.

El cronista cubano José María Ravelo escribió un testimonio dinámico de aquel 25 de julio de 1899:

“[...] en horas tempranas de la mañana de Santiago, numerosos individuos que se podían contar por centenares, vistiendo el traje de rayadillo azul del soldado español en Cuba y tocados por la clásica gorra de cuartel, se trasladaron al otro lado de la bahía para en grandes lanchas desembarcar más tarde en los muelles del mismo modo que lo hacían los batallones de Canarias “2do Peninsular” o cualquiera de los tantos que formados por una juventud digna de mejor sacrificio llegaban a estas playas. Al mismo tiempo, máscaras remedando a la “Juventud Española”, con su referido pendón, a autoridades y excelentísimos señores, vistiendo de levitas y chisteras a elementos representativos de la pasada colonia, luciendo exagerados entorchados y cruces y distintivos coloreados y vistosos, acudieron al muelle de desembarco y con la misma ordenada organización del original ascendieron todos por la calle de la Marina hasta la Plaza de Armas, obsequiándose allí a los “soldados” con tabacos,

cigarros y bebidas mientras éstos –cubanos de todas las razas- imitaban el ceceo y el gracejo peninsulares, disparando requiebros a las mujeres, se pronunciaban por “personajes” discursos de salutación y de enardecimiento patriótico con satíricas y burlescas alusiones, mientras las orquestas tocaban aires militares y el público reía estrepitosamente, coreaba con aplausos aquella manifestación de buen humor y la alegría se hacía contagiosa y general bajo el cielo claro, luminoso e intensamente azul de aquella tarde de regocijo”.

### **A modo de síntesis.**

Esta representación del día de Santiago Apóstol, patrono de la ciudad, es un relato colmado de humor y esperanza. El perdón y el amor están implícitos en esa puesta en escena, porque sólo se hace una jocosidad pública cuando se ha decidido expulsar del cuerpo y de la mente el rencor y el odio, sentimientos que enconan el alma de los pueblos. Los cubanos con aquella escena burlesca estaban reafirmando su identidad nacional a través de un evento cultural de participación pública: el carnaval de Santiago.

Don Juan Bosch, a comienzo de la década del cincuenta del siglo XX, auscultó el temperamento nacional cubano, su psicología colectiva y resaltó la presencia de ese espíritu burlón tan presente en la conducta de ese pueblo. Vio en el “relajo” cubano “...el producto del odio al orden” establecido y el “choteo” cubano como “producto del odio a lo solemne”.

En esta gran parodia se dan las categorías distintivas del discurso carnavalesco estudiado por Bajtín, por cuanto se genera un ambiente de relajamiento que posibilita acercamientos libres y familiares entre personas de distinta clase social en un espacio público como la Plaza de Armas, y lo aparentemente absurdo ha sido transfigurado en una realidad teatralizada. Es una disparidad, un antagonismo, pues los valores “positivos” de la colonia se han “recuperado” para mostrar su inconsistencia a la luz de la nueva circunstancia histórica y, por último, se rebaja el desfile marcial, arrogante y serio al nivel de lo jocosos, es decir lo que se apreciaba en el pasado como sagrado por los españoles, los cubanos lo han ridiculizado. Estos juegos de escarnio fueron muy comunes en la edad media española, y en El Quijote es recurrente este tipo de mojjanga, y los hispanoamericanos esos juegos teatrales los heredaron de la cultura metropolitana. El dolor de la derrota española todavía estaba a flor de piel y es presumible el sufrimiento y el malestar que esta chanza provocó en los vecinos españoles que continuaron residenciados en la ciudad. Sabemos de los epítetos con que calificaban los españoles a los cubanos exaltados de patriotismo bullanguero.

El cubano muestra proclividad a burlarse de los protocolos artificiosos y ostentosos, sobre todo si provienen del poder y están infiltrados de intenciones políticas engañosas. Por eso pensamos que una lectura profunda de la arquitectura interior de las festividades nos aproximaría a un discernimiento de las mentalidades de nuestros pueblos y a comprender, con mayor certeza, desde una perspectiva antropológica e histórica, sus comportamientos más espontáneos, intencionados y versátiles. Los acontecimientos históricos son parte de la cultura del pueblo y son reinterpretados a través de las pantomimas, el teatro, los cantos, la poesía popular, las máscaras, y esos elementos se recrean en las fiestas públicas.

El carnaval, como fiesta de transfiguración burlesca por antonomasia, ha sido, históricamente, válvula de escape de las tensiones sociales y de las frustraciones que aquejan a los pueblos, por eso los regímenes autoritarios, tiránicos y liberticidas son enemigos acérrimos de la iniciativa y de la espontaneidad de las fiestas públicas, de ahí su extraordinaria importancia como fuente de

conocimientos históricos. Entonces podemos apreciar, y también escribir, la historia de una ciudad y de un país desde los festivales públicos, documentos vitales y auténticos donde se agita la vida de los pueblos.

### **Bibliografía**

Bacardí Moreau, Emilio, 1925, *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía Hermanos Arroyo, Cuba, tomo 2.

Bacardí, Moreau, E. Florencio Villanova y Pío Rosado, 1854-1880, La Habana. Imprenta El Siglo XX.

Bosch, Juan, 1999, *Cuba, la isla fascinante*, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo.

Beruff M. Antonio, 1936, *Las comparsas del carnaval habanero, cuestión resuelta*, La Habana, Molina y Cía.

Brea Rafael, 1987. "Presencia africana en los carnavales de Santiago de Cuba". *Revista Del Caribe IV*: 56 – 64.

Franco, José Luciano, 1974, *Ensayos históricos*, Editorial de ciencias Sociales, La Habana.

Forment, Carlos E., 1953, *Crónicas de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba. Editorial Arroyo

Goodman, Walter, 1985, *Un artista en Cuba*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.

Pérez Rodríguez, Nancy, (compiladora), *El carnaval santiaguero*, tomo 1, Editorial Oriente, Cuba, 1988.

León, Argelier, 1974. *Del Canto y el tiempo*. La Habana. Editorial Pueblo y Educación.

Ledón, Armando, 2003. *La música popular en Cuba*. Oakland, California. El Gato Tuerto.

Millet, José y Rafael Breá, 1989, *Grupos folklóricos de Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba. Editorial Oriente.

Millet, José y Rafael Brea, M. 1989. *Barrio, comparsa y carnaval Santiaguero*. Editorial Oriente.

Ortiz, Fernando, 1996. *Los instrumentos de la música afrocubana*. [1ª ed.], La Habana 1952]. 2 Vol., Madrid, Editorial Música Mundana.

Portuondo, Olga, 1996, *Santiago de Cuba, desde su fundación hasta la Guerra de los Diez Años*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.

Saco, José Antonio, 1974, *Memorias sobre la vagancia en la Isla de Cuba*, (1830), Instituto Cubano del Libro, Santiago de Cuba.